

con ternura á tus parientes ; pero con una ternura subordinada siempre al amor que debes á Dios. En los negocios de la familia consulta siempre á tu conciencia antes que á tu corazon. Causete horror la menor sombra de injusticia ó de venganza. Mira en buen hora por los intereses de tus parientes ; pero sin perder de vista su salvacion ni la tuya. Desconfia mucho de las sollicitaciones de la carne y sangre ; todas son sospechosas. ¿Eres hijo de familia? pues aconséjate con Dios y con solo Dios sobre el estado que has de tomar ; observa constantemente el consejo de san Jerónimo á los que llama Dios al estado religioso : *Per calcatum perge patrem , per calcatum perge matrem* : deja tu casa , tu país , tu parentela por obedecer á la voz de Dios que te llama ; aunque sea menester convertirte en piedra , hacerte insensible á los movimientos de la mas viva ternura , no deliberes ni un solo momento. Esta doctrina parecerá dura á los hombres del mundo , pero es la pura doctrina del mismo Jesucristo.

~~~~~

### DIA DOCE.

#### SAN JUAN GUALBERTO,

FUNDADOR DEL ÓRDEN DE VALLE-UMBROSA.

Nació en Florencia , ciudad de Italia , de familia ilustre por su antigua y calificada nobleza. Criáronle sus padres en la religion cristiana ; pero no con el mayor cuidado de que fuesen muy cristianas sus costumbres. Embebido enteramente su padre en el espíritu del mundo , se llenó de complacencia cuando descubrió en su hijo inclinaciones marciales y mundanas , y puso su mayor atencion en fomentárselas.

T. 7.

P. 254.



S. JUAN GUALBERTO.



Las continuas lecciones que le daba se reducian á que no sufriese jamás que le perdiesen el respeto , ni mucho menos que le ultrajasen ; y que si tenia honra, debia prontamente lavar la injuria en la sangre de sus enemigos. La doctrina no podia ser mas contraria á la de Jesucristo ; pero se acomodaba mucho al genio de Gualberto , naturalmente feroz y soberbio , con que se le imprimió altamente en el corazon. Hizose muy delicado en lo que se llama pundonor, siendo la venganza su pasion dominante. Irritóla mas una querrela que ocurrió en la familia. Cierta pariente suyo fué muerto por un caballero del país ; juró la muerte del asesino el padre de Gualberto ; y como tenia tan conocido el genio fogoso de su hijo, inclinado naturalmente á la venganza, le incitó á perseguir al enemigo hasta vengar la muerte de su primo con la sangre de aquel caballero.

Hallóle tan dócil al bárbaro consejo, que ningun hijo fué mas obediente. Como el precepto se acomodaba tanto á su pasion, ansiaba porque fuese ejecutiva la obediencia, ardiendo en vivos deseos de satisfacer cuanto antes á su padre y á su venganza. Tardó poco en presentársele la ocasion ; porque volviendo un dia del campo , permitió Dios que improvisamente se encontrase con su enemigo en un paraje tan estrecho, que no era posible ni á uno ni á otro retirarse. Arrebatado Juan de cólera, echó prontamente mano á la espada, y diciendo al enemigo que alli mismo habia de expiar con su traidora sangre la muerte de su pariente, iba ya á pasarle de parte á parte cuando el caballero, que se hallaba desarmado, saltó lijeramente en tierra ; hincóse de rodillas á los piés de Juan, y con las manos cruzadas le habló de esta manera : *Pídote que me perdones, y que me dejes la vida por amor de nuestro Señor Jesucristo, que murió por tí y por mí en una cruz un viernes como hoy.* La postura del supli-



cante, la circunstancia del día y el nombre de Jesucristo helaron la cólera de Juan; paróse un poco, y ofreciéndosele vivamente á la consideracion que el Salvador del mundo estando en la cruz perdonó á sus enemigos, é intercedió por ellos á su Eterno Padre, volvió la espada á la vaina, alargó la mano al caballero, levántole y le dijo: *Nada puedo negar al nombre de mi Señor Jesucristo. Concédote la vida y mi amistad; ruega al mismo Señor que me perdone; y abrazándose estrechamente los dos, se separaron.*

A una accion tan cristiana como generosa se siguió inmediatamente cierto movimiento de devocion en el alma; y encontrando á pocos pasos el monasterio de San Miniato, entró en la iglesia; arrodillóse delante de un devoto crucifijo, y cuando pedia á Dios, deshecho en lágrimas, que tuviese misericordia de él, vió que el crucifijo le inclinaba la cabeza, para significarle con aquella sensible demostracion lo grata que le habia sido la accion que acababa de ejecutar. Quedó atónito nuestro Juan en vista de tan señalado favor, cuya memoria se conserva hasta el día de hoy en el mismo crucifijo, que venera tiernamente la devocion en la iglesia de San Miniato; y acabando la gracia de perfeccionar su conquista, le inspiró un deseo tan ardiente de amar á su Dios, que resolvió no servir en adelante á otro dueño. Acabó su oracion, montó á caballo, y tomó el camino de Florencia; pero, solicitado poderosamente por la gracia, mandó á los criados que se fuesen directamente á casa, y él se volvió al monasterio; buscó al abad, y arrojándose á sus piés, le pidió el hábito de monje. Sorprendió al abad tan inesperada vocacion; y como le conocia muy bien, no queria recibirle; pero Juan rogó é instó tanto, que, despues de haberle representado el abad la vida tan austera y penitente de la religion, le permitió que se quedase dentro del monasterio.

Aun no bien habia entrado, cuando llegó tambien su padre, informado ya de su intento; pide con ferocidad que le entreguen luego á su hijo; y arrojando centellas por los ojos, y espuma por la boca, jura que si no se le entregan al punto pondrá fuego al convento. Atemorizaron sus amenazas á todos los monjes, pero no á nuestro santo, el cual, viendo que ninguno se atrevia á darle el hábito, arrebató uno que encuentra de un monje, baja al coro, pónese sobre el altar, él mismo se corta el cabello, y en presencia de todos los religiosos se echa á cuestras la cogulla. Admiraron con lágrimas todos los concurrentes tan generosa resolucion, y hasta la obstinacion de su padre se dió por vencida en vista de una vocacion tan señalada. Deshaciéndose en llanto, le echó los brazos al cuello, exhortándole á la perseverancia, y á sostener con su fervor el empeño de un paso tan generoso.

No se desmintió nuestro novicio; correspondió perfectamente su fervor á su resolucion, y en poco tiempo pudieron satisfacer los rigores de su penitencia por los desórdenes de su juventud. Era la vida de los monjes de san Miniato copia fiel de los primitivos monjes de san Benito; florecia la santa regla en todo su vigor, y en breves días fué nuestro Juan un acabado modelo de ella. Luego que vistió la cogulla se mostró el mas humilde, el mas obediente, el mas puntual y el mas devoto de todos. No se contentaba con reputarse por el último de los monjes; queria que todos le reputasen y le tratasen como á tal. Su penitencia espantaba á los mas mortificados; pero su caridad, su dulzura y su igualdad de ánimo hacian amable su penitencia. En fin, se adelantó tanto en el camino de la perfeccion, que desde los primeros años de su profesion fué la admiracion de las mas perfectos.



Así vivía nuestro Gualberto en su amada soledad, cuando la muerte del abad interrumpió su quietud. Nada hubo que deliberar en la elección; por mas que se excusó, por mas que se opuso, por mas que protestó, fué nombrado por unánime consentimiento. Como era tan de corazón su resistencia, no por eso cedió, antes perseveró constantemente en renunciar el empleo, considerándose indigno de ejercerle. Esto dió ocasion á que se apoderase de él otro monje, que no era tan escrupuloso ni tan delicado de conciencia; pero fueron tantas las inquietudes y las turbulencias que excitó en la casa, que al fin se halló precisado Gualberto á mudar de monasterio. Acompañado de algunos monjes mas fervorosos se retiró al principio á la Camáldula, lugar á la sazón muy famoso por la multitud de los santos anacoretas que vivían en él bajo la regla de san Romualdo. Allí hubiera fijado su destino, y todos deseaban mucho que lo hiciese; pero se sentía mas movido á la vida cenobítica, que á la solitaria; y así se encaminó á otro retiro, llamado *Valle-Umbrosa*, por ser un valle muy sombrío, todo cubierto de álamos, á media jornada de Florencia, donde encontró dos solitarios, á los cuales se juntó con sus compañeros. Extendióse en poco tiempo su reputacion por aquellos contornos; concurrían de todas partes á ver al siervo de Dios, y en pocos dias se vió maestro de muchos discípulos, á los cuales hacia observar con todo rigor la regla de san Benito, yendo él delante con el ejemplo.

Logró de la abadesa de San Hilario que les hiciese donacion del sitio que ocupaban, y edificó en él un monasterio de tierra y de madera, cuya iglesia ó capilla fué á consagrar el obispo de Paderbon, que habia seguido al emperador Eurique III en su viaje á Italia. Tal fué el origen de aquella ilustre congregacion, que aprobó el papa Alejandro II el año de 1070;

y extendida por toda Italia, en muy poco tiempo ilustró á la Iglesia de Dios con el esplendor de sus raras virtudes, y la edifica el dia de hoy con sus grandes ejemplos.

Crecia entre tanto la nueva comunidad, aumentando cada dia el número de sus individuos, y era menester nombrar cabeza que la gobernase. Conspiraron todos los votos en favor de san Gualberto, que no solo se negó con tesón, sino que por algun tiempo estuvo dudoso si se retiraria; pero temiendo que se deshiciese aquella congregacion que él mismo habia fundado, y que consideraba como obra del Señor, se sujetó al sacrificio, y aceptando el empleo, al cabo de pocos dias el monasterio de Valle-Umbrosa fué un verdadero retrato del monasterio de Monte Casino.

Desde luego floreció en él con todo rigor el primitivo espíritu de la religion de san Benito; retiro, silencio, desasimiento de todo lo terreno, oracion casi continua, vigiliias, ayunos, abstinencias, penitencias corporales, todo predicaba y todo edificaba en aquellos nuevos monjes, y era el abad como el alma de aquellos grandes ejemplos. Nada mandaba á los demás que no lo hubiese ejecutado él primero; y se solia decir que para distinguir al abad entre los otros monjes no era menester mas que observar quién era el mas mortificado y el mas humilde entre todos ellos. A esta única distincion y preeminencia aspiraba Gualberto.

El prodigioso número de discípulos que se le agregaron le obligó á pensar en la fundacion de nuevos monasterios, á la cual solicitaban contribuir con piadosa competencia los potentados de Italia. Fundó el de San Salvi, el de Mosceta, el de Razzuelo y el de Monte-Scalario; reformó algunos de los antiguos, introduciendo en ellos la observancia de Valle-Umbrosa, y antes de morir tuvo el consuelo de ver resu-



citado el primitivo espíritu de los monasterios de san Benito en diez ó doce de sus casas. Era austerísimo consigo mismo, pero dulcísimo y suavísimo con los demás; y esta misma suavidad y dulzura obligaba á los monjes á ser mas mortificados.

Fuera de los religiosos de misa que guardaban estrecha clausura, recibia otros para legos, ó para hermanos conversos, esto es, para la clase de aquellos que convertidos á Dios servian diferentes oficios de la casa sin recibir nunca los sagrados órdenes. Los tales se ocupaban en los ministerios exteriores y temporales, por lo que estaban dispensados de la clausura y del silencio; su hábito se distinguia en algo del de los otros monjes, y no se les obligaba á tanta austeridad; siendo este el primer ejemplar que se encuentra en la historia eclesiástica de religiosos legos diferentes de los destinados al coro.

Velaba continuamente sobre todo lo que podia fomentar ó disminuir el espíritu de la observancia. Fué á visitar el monasterio de Mosceta, y halló que el nuevo abad Rodolfo habia hecho un edificio, cuya magnificencia desdecia de la simplicidad y modestia religiosa; desazonóse tanto, que dió al abad una severa reprension, diciéndole que las sumas de dinero que habia gastado en levantar aquel monumento de su vanidad estarian mejor empleadas en sustentar á muchos pobres. Suplicó fervorosamente á Dios que no permitiese se conservase en pié aquel edificio tan poco ajustado al espíritu de la regla; y apenas salió de él cuando un arroyuelo que corria cerca del monasterio creció tanto, que le inundó y le echó enteramente á tierra. El amor y la caridad con los pobres igualaba al amor que profesaba él mismo á la santa pobreza. No queria que se negase la limosna á nadie; y al mismo tiempo que no admitia mas de lo precisamente necesario para sus monasterios, repartia entre

los pobres lo que estaba destinado para la comunidad. Mas de una vez dejó vacías las paneras, y mandó matar los rebaños para socorrer las necesidades en tiempo de carestía.

Acompañaban á estas virtudes los mas milagrosos dones sobrenaturales. Penetraba el interior de los corazones; temblaban los demonios al oír el nombre de Gualberto; solo con hacer oracion el siervo de Dios, sanaban los enfermos mas desahuciados. Un caballero amigo suyo le despachó un propio con la noticia de que se hallaba gravemente enfermo: *Anda, hermano mio*, dijo el santo al criado, *vuélvete á casa, y encontrarás sano y bueno al que dejaste moribundo*. Así sucedió.

Por su grande santidad se hizo venerar hasta de los sumos pontífices. Leon IX hizo expresamente un viaje á Pasignano solo por verle, y quiso que comiese con él. Estéban IX le envió á llamar, no obstante de hallarse el santo enfermo á la sazón. Alejandro II le profesó singular veneracion, y decia públicamente que la Iglesia debia á Gualberto la casi total extincion de la simonia en todo aquel país. Efectivamente hizo el santo abad continua y vigorosa guerra á este vicio, persiguióle su zelo sin darle cuartel ni treguas, y mas de una vez le autorizó el cielo con estupendas maravillas. Valióse Pedro de Pavía de cuantas violencias pudo contra el santo y contra sus monjes para intimidarlos y para perderlos; pero fué en vano: Gualberto le convenció de simonia y de herejía, ofreciéndose uno de sus monjes á la prueba del fuego para justificar la acusacion. Admitiósele, y se paseó muy despacio sin recibir lesion alguna por una dilatada hoguera á la vista de toda la ciudad de Florencia.

No sobrevivió el siervo de Dios mucho tiempo á este milagroso suceso. Consumido al rigor de las penitencias y de sus apostólicas fatigas, cayó enfermo



en Passignano. Conociendo que se acercaba su fin, mandó llamar á todos los abades y superiores de la órden, y los exhortó á la caridad, á la exactitud, al fervor y á la puntual observancia de la regla. Recibió despues los sacramentos de la Iglesia con tanta devocion y ternura, que arrancó lágrimas á todos los asistentes; y hecha en su presencia la profesion de la fe, rindió tranquilamente el espíritu en manos de su Criador el dia 12 de julio del año 1073, á los 74 de su edad, y á los 22 despues de haber establecido su reforma. Desde luego se hizo glorioso su sepulcro por los muchos milagros que obró Dios por su intercesion; lo que movió al papa Celestino II, precediendo las informaciones juridicas de sus virtudes y milagros, á ponerle en el catálogo de los santos el año 1193.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Milan, los santos mártires Nabor y Félix, que sufrieron la muerte en la persecucion de Maximiano.

En el monasterio de Passignano cerca de Florencia, san Juan Gualberto, abad, institutor de la órden de Valle-Umbrosa.

En la isla de Chipre, san Jason, antiguo discípulo de Jesucristo.

En Aquileya, la fiesta de san Hermágoras, discípulo de san Marcos evangelista y primer obispo de aquella ciudad, quien, en recompensa de las curas milagrosas y del zelo de su predicacion para convertir á los pueblos, padeció muchos tormentos hasta perder la cabeza con su dñacono Fortunato, subiendo ambos á ser coronados en la gloria eterna.

En Luca en Toscana, san Paulo, que, habiendo sido consagrado por san Pedro, primer obispo de aquella ciudad, fué muerto al pié del monte Pisa, con otros compañeros despues de haber padecido muchos tormentos.

En dicho dia, la muerte de san Proclo y de san Hilarion, los cuales por medio de cruelísimos tormentos consiguieron la palma del martirio bajo el emperador Diocleciano y el presidente Tertilo.

En Toledo, santa Marciana, virgen y mártir, que alcanzó la corona despues de haber sido expuesta á las fieras y despedazada por un toro, manteniéndose constante en la fe de Jesucristo.

En Leon, san Vivenciola, obispo.

En Bolonia, san Paterniano, obispo.

Cerca de Fon en Francia, diócesis de Quimper, san Balley, monje, discípulo de san Gaingolois.

En Celles de Berry, san Gouffin, monje, cuyo cuerpo está en Saint-Isis.

Junto á Souvigny en el Burbonés, san Menio.

En Prom en Ardenne, san Ansbodo, abad de Saint-Hubert.

En Clismo en Egipto, san Atanateo, obispo de aquella ciudad.

Entre los Griegos, los santos mártires Andrés el Estraciota, Fausto y Menas.

En Cesarea, san Dié.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.*

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Joannis abbatis commendet; ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion del bienaventurado abad Gualberto, para que consigamos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor...

*La epistola es del cap. 45 del libro de la Sabiduria.*

Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in glo-

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria



ria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide et lenitate ipsius sanctorum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ.

semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo, y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introdujo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

## NOTA.

« Muéstranos el mismo Jesus, hijo de Sirach, lo » mucho que estudió; habla como profeta y como » inspirado, y nos advierte que fué el último de los » hebreos que escribió sentencias y documentos. »

## REFLEXIONES.

*Hízole santo por su fe y por su apacibilidad.* Por eso hay en el día tan pocos santos, porque hay tan poca fe. No es posible fe viva sin obras, y estas obras hacen los santos. La fe muerta ó apagada es infecunda, nada produce; en faltándonos esta luz sobrenatural, solo nos resta una débil candelilla de luz natural, que inmediatamente apaga el viento de las pasiones; y aunque no la apague, ¿qué nos podrá descubrir? poco ó nada, porque alcanza muy poco. Cuando los objetos se miran á malas luces, nunca se representan como son; algunos mirados de esta manera arrebatan los ojos; pero los ofenden y los retraen, cuando se miran á buenas luces. ¿Qué precipicios no podemos temer si nos gobernamos solo por esta guía? Siendo

tan frecuentes los ejemplares, causa admiracion que sean tan raros los escarmientos. ¡Qué caidas tan funestas! ¡qué tropezones! ¡qué fin tan triste el de tantos grandes ingenios! Apagóse en él la luz de la fe, y desbarró aquel grande entendimiento; esforzóse la razon á sostenerle por algun tiempo con frivolas esperanzas; pero no le pudo volver á enderezar: acudieron como auxiliares la política y el interés; puso el orgullo en movimiento todos sus expedientes y artificios; pero nada bastó para que al fin no se despeñase. Como eran tan limitadas sus luces, no le pudieron descubrir todos los precipicios; desvaneciéronse todos sus vanos proyectos, y salieronle errados todos sus superficiales discursos; desconcertáronsele todas las medidas. Por poco que se nos esconda la luz de la fe, por poco que nos apartemos de esta guía, no hay que esperar mas que errores, extravagancias y desbarros.

No es menos necesaria la apacibilidad para ser santo. Es esta virtud el primer fruto de la sujecion de las pasiones, y sobre todo de la cristiana humildad. El espíritu de Dios solo inspira severidad consigo mismo; y la compasion es como su querida virtud. El zelo duro y amargo es efecto de un espíritu orgulloso y de un corazón inmortificado. Pero no confundamos la benignidad cristiana con la viciosa relajacion. El mismo Jesucristo nos dió bien á conocer la diferencia. La dulzura es fruto natural de la caridad; pero no es incompatible con la magnanimidad ni con la fortaleza: siendo el espíritu de Dios el que la produce y la fomenta, el zelo mas dulce es el que persigue al vicio con mayor vigor, y el que le hace mas cruda guerra; pero como al mismo tiempo es zelo discreto, hace grande distincion entre el pecado y el pecador.



*El evangelio es del cap. 5 de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Audistis quia dictum est: Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros, et benefacite his, qui oderunt vos: et orate pro persequentibus, et calumniantibus vos, ut sitis filii Patris vestri, qui in caelis est; qui solem suum oriri facit super bonos et malos, et pluit super justos et injustos. Si enim diligitis eos, qui vos diligunt, quam mercedem habebitis? nonne et Publicani hoc faciunt? Et si salutaveritis fratres vestros tantum, quid amplius facitis? nonne et Ethnici hoc faciunt? Estote ergo vos perfecti, sicut et Pater vester caelestis perfectus est.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Habeis oido que se dijo: Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos; haced bien á aquellos que os aborrecieren, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos; el cual hace que salga su sol sobre los buenos y sobre los malos, y envía la lluvia para los justos y para los injustos. Porque si solo amais á los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿no hacen lo mismo los publicanos? y si solo saludais á vuestros hermanos, ¿qué hacéis de singular? ¿no hacen tambien lo mismo los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, así como lo es vuestro Padre celestial.

## MEDITACION.

## DEL PERDON DE LAS INJURIAS.

## PUNTO PRIMERO.

Considera que el perdon de las injurias es quizá el mandamiento de Jesucristo mas claro y mas formal que se encuentra en el Evangelio. No llegó á tanto toda la perfeccion de la ley antigua; pero la nueva hizo de este precepto el punto capital de su doctrina. La antigua solo os obligaba á amar á los que os aman,

decia el Salvador del mundo; pero yo os digo que ameis á los que os aborrecen. Y no basta desearles todo bien: es menester hacersele. El amor puramente afectivo no es suficiente para llenar toda la perfeccion de este precepto; es preciso acreditar con las obras que se ama á los enemigos. Cuando no se les puedan hacer obsequios y beneficios, ayúdeseles con oraciones; suplan los deseos lo que falta al poder y á la pobreza. El precepto es verdaderamente singular; pero es del mismo Jesucristo: *Yo os digo, amad á vuestros enemigos.* Es verdad que es de mucha perfeccion este precepto; pero tambien quiere Jesucristo que seamos perfectos como nuestro Padre celestial. Parece mandamiento bien difícil; pero la gracia del Redentor todo lo hace fácil. Solamente la religion cristiana pide esta heróica magnanimidad; por ella sola es toda divina; divina en sus dogmas, que solo Dios nos pudo revelar; divina en su doctrina, que solo nos pudo enseñar el mismo Jesucristo. Pero ¿hemos comprendido bien toda la equidad, todas las ventajas y toda la perfeccion de este mandamiento? No hay pasion mas injusta que la venganza. Es la justicia vindicativa ejercicio de la suprema autoridad. ¿Y qué autoridad, qué jurisdiccion tenemos sobre nuestros hermanos para hacernos justicia por nosotros mismos cuando nos han ofendido ó agraviado? ¿y dónde se hallará ley mas oportuna para conservar la pública tranquilidad? Con mucha razon se puede decir que, cuando Dios nos intimó este precepto, atendió á nuestro interés particular. Ninguno hay que no pueda temer mayor daño de sus enemigos, que sus enemigos pueden temer de él. Considerado cada cual en su persona, no es mas que uno, y sus enemigos son muchos. Con solo este precepto quedan desarmados, y el precepto mira por nuestra seguridad. Por otra parte, ¿cuánto necesitamos nosotros mismos